

La visión de Standing Together

Aprobada democráticamente en la convención nacional del décimo aniversario de Standing Together

Haifa, 28 de noviembre de 2025

La visión del Estado de Israel ha girado drásticamente desde el 7 de octubre. Tras muchos años de gobierno de derechas, opuesto a la paz, negador de la existencia misma del problema y empeñado en “gestionar” la ocupación, la cruda realidad emergió violentamente delante nuestro. Con el pretexto de la guerra, el gobierno de derechas ha puesto en marcha un nuevo marco siniestro y peligroso, que siembra destrucción y muerte fuera y dentro de Israel, ataca toda expresión de democracia e igualdad, y nos propone abiertamente guerra eterna, muerte, ocupación y odio: un futuro en el que no hay lugar para la mayoría de nosotras y nosotros.

Nos encontramos ahora ante una encrucijada histórica y debemos elegir entre dos caminos opuestos: el camino kahanista¹ de la guerra permanente o el camino de la reconciliación y la paz. La elección nunca ha sido tan nítida ni tan decisiva para israelíes, palestinos y para todo Oriente Medio. Pero, para reparar la destrucción causada por la derecha, debemos comprender algo fundamental: no es posible ni deseable volver atrás. Sí, hay políticos que sugieren que no hace falta elegir, que podemos seguir avanzando a ciegas como si nada hubiera ocurrido, por el mismo camino que condujo a la masacre de Hamás del 7 de octubre y a la terrible guerra que vino después: ignorando el conflicto israelí-palestino e ignorando las heridas internas de la sociedad israelí. Pero todas y todos hemos vivido las consecuencias terribles de esa ignorancia deliberada, y no podemos permitirnos caer en la tentación de regresar a ella. De esta crisis necesitamos, de manera urgente, una reparación profunda y verdadera. No será fácil, pero es necesario.

Todas y todos hemos experimentado el camino al que nos ha llevado la derecha kahanista: el camino de la guerra permanente, la expulsión y la destrucción sin fin, que seguirá imponiendo miseria y sufrimiento a millones de personas. Es el camino de la profundización de la ocupación en Gaza y Cisjordania; de la opresión y la discriminación contra la ciudadanía árabe de Israel y contra los judíos que se oponen al gobierno; del aislamiento internacional de Israel, del nacionalismo extremo y del empobrecimiento de la vida social; y del colapso de la solidaridad dentro de nuestra sociedad. Si seguimos por este camino, todo aquello que valoramos será sacrificado en nombre de esta guerra eterna: la educación, la sanidad, las artes, las vidas humanas y el bienestar económico; en suma, el futuro de todas y todos. Sería el camino del miedo existencial, de la vergüenza por aquello en lo que se ha convertido esta tierra, de la desesperanza y de un temor interminable.

¹<https://es.wikipedia.org/wiki/Kahanismo>

El camino alternativo consiste en construir un futuro en el que queramos vivir: un futuro de paz y seguridad, de reconciliación histórica y de destino compartido. Un futuro en el que construyamos un Estado que sirva a todas y todos, del que podamos sentir orgullo y del que podamos sentirnos verdaderamente parte. Un Estado que viva en una paz justa junto a un Estado palestino independiente, sin ocupación; un Estado basado en la igualdad civil y nacional, sin discriminación ni racismo institucional; un Estado integrado en una región en la que todas y todos podamos vivir con libertad, igualdad e independencia; y en la que israelíes y palestinos puedan reconstruir juntos y salir del abismo en el que hemos caído. No solo habrá que reconstruir las ciudades de la Franja de Gaza: también habrá que reconstruir Israel, convirtiéndolo en un Estado que garantice la igualdad, que sirva a los intereses de todas las personas, que ofrezca un lugar para cada cual, y no nos divida, y cuya sociedad se base en la solidaridad, la responsabilidad mutua y los cuidados. Un Estado que impulse la justicia social y ambiental, cuya economía pertenezca a todas y todos, y que garantice que podamos prosperar sin ansiedad permanente, sin opresión ni explotación. Un país verdaderamente democrático, que cada una y cada uno de nosotros pueda reconocer como su hogar, porque este es nuestro hogar común.

Los kahanistas lograron hacer avanzar su visión porque tenían una: supieron articular el futuro de sus sueños, que es el de nuestras pesadillas, y durante años no dejaron ni por un instante de trabajar para hacerlo realidad. Para derrotarlos, también nosotras y nosotros debemos formular con claridad nuestros sueños, organizarnos y luchar para convertirlos en realidad. No podemos organizarnos solo desde la oposición ni limitarnos a decir lo que no queremos; debemos presentar a la ciudadanía de Israel una alternativa convincente. Si no lo hacemos, nadie lo hará por nosotras y nosotros, y quedaremos reducidos a luchas meramente reactivas.

En las páginas siguientes proponemos un futuro que responde a las esperanzas y a los miedos de quienes vivimos aquí. Este documento no es un plan de trabajo detallado, redactado por expertos, que explique paso a paso cómo llegar hasta allí. Esos documentos deberán escribirse en el futuro. Tampoco es un sueño utópico, ni pretende ser la última palabra sobre lo que aspiramos a conseguir. Este documento busca, más bien, delinear un futuro alcanzable para nuestra tierra.

No sucederá en un solo día: las heridas necesitan tiempo para sanar, y un cambio de esta magnitud exige un esfuerzo enorme. Pero imaginar cómo puede ser esta tierra si elegimos la vida es el primer paso, y un paso necesario, para construir ese futuro: imaginar cómo será si se diseña para servirnos a nosotras y nosotros, la mayoría, las personas que vivimos aquí y queremos seguir viviendo, sin renunciar a esta tierra.

Un futuro de paz y reconciliación histórica

Una paz que garantice seguridad para todas y todos

Después de las atrocidades que hemos vivido, nuestra necesidad más urgente es liberarnos del miedo. Vivir sin miedo en nuestra tierra compartida. Vivir sin la espera interminable de la próxima ronda de guerra; no tener que mudarnos porque nuestra vivienda no tiene refugio antiaéreo, ni desesperarnos al comprobar que no podemos permitirnos una que sí lo tenga; no sentir culpa porque nuestras hijas e hijos aprenden a

decir “alarma de misiles” antes de poder decir la palabra “cuento”; dejar de ver cómo cada vez más amistades y seres queridos abandonan esta tierra porque tienen miedo y han perdido la esperanza. Este es el derecho más básico que merecemos todas y todos, judíos y árabes: una paz que nos garantice la tranquilidad y la protección que las personas sienten cuando están en casa. Una paz en la que una madre judía no pase toda la infancia de su hijo temiendo el día en que cumpla 18 años y sea reclutado por el ejército; y en la que una niña de Gaza no se asuste cada vez que oye pasar un avión. Esto significa poner fin a la ocupación y al control militar sobre millones de palestinos, avanzar hacia la reconciliación histórica, establecer un Estado palestino independiente mediante negociaciones en pie de igualdad entre Israel y el liderazgo palestino, y construir un futuro en el que las armas no estén en manos de Hamás, de milicias de colonos o de grupos criminales organizados, sino únicamente en manos de las fuerzas legítimas de seguridad de ambos Estados.

Una paz de dos Estados en una tierra compartida

Dos pueblos viven en esta tierra, su hogar, y ambos la aman y están ligados a ella. Las raíces de ambos pueblos son profundas aquí, y ninguno de los dos va a desaparecer ni a marcharse. Somos socios en esta tierra; solo podemos prosperar aquí juntas y juntos, y ya hemos aprendido que las vallas altas no crean buenos vecinos. Pero tampoco queremos borrar nuestras identidades: ni la identidad judío-israelí ni la identidad árabe-palestina. La paz que queremos concederá a ambos pueblos libertad, igualdad, reconocimiento mutuo e independencia, y hará posible así una verdadera asociación que no se base en la fuerza ni en la supremacía. Quienes habitan esta tierra han vivido injusticias y traumas intergeneracionales que no sanarán de la noche a la mañana; por eso, el reconocimiento compartido y la reparación de los daños del pasado son necesarios para superar la falta de confianza en nuestras sociedades, generar un sentimiento de seguridad y construir las bases de un futuro compartido. Solo así podremos imaginar colectivamente el bien común para todas y todos, y avanzar juntos hacia él. ¿Qué significa esto en la práctica? Establecer dos Estados democráticos independientes basados en las resoluciones de Naciones Unidas, como resultado de negociaciones y sobre la base de entendimientos y acuerdos aceptados por ambos pueblos; Estados que compartan determinadas instituciones conjuntas acordadas de carácter confederativo; una Jerusalén no dividida que sea capital de ambos Estados; la protección de la libertad religiosa en los lugares santos de todas las religiones; el retorno de la mayoría de los colonos a Israel; una solución justa y acordada para las personas refugiadas palestinas; y fronteras abiertas que permitan a los judíos rezar en la Cueva de los Patriarcas y en la Tumba de José, y caminar por el valle de Kelt, y que permitan también a los palestinos bañarse en las playas de Tel Aviv o visitar las aldeas de las que sus abuelos y abuelas fueron expulsados en 1948.

Una paz de conexión, no de separación

La paz que soñamos entre Israel, Palestina y el mundo árabe no es una paz basada en la división, sino en la conexión entre los dos pueblos y con el conjunto de Oriente Medio. Es una paz en la que nuestros socios en los negocios, la ciencia, el deporte y el arte se encuentran al otro lado de la frontera. Una paz en la que bailemos en Beirut y viajemos a Nablus y Hebrón, del mismo modo que libaneses, sirios y palestinos comen sabij en Ramat Gan y recen en Nazaret y Jerusalén. Sabemos que el sentimiento de pertenencia

y el amor de ambos pueblos por esta tierra no terminan en la futura frontera, y queremos una paz que permita la libertad de movimiento entre Israel y Palestina; una paz en la que nuestros oídos se acostumbren a escuchar árabe y hebreo en todas partes, y en la que ambas sociedades aprendan a no odiar.

Una paz para un Israel democrático e igualitario, también para la ciudadanía palestina

La paz entre el Estado de Israel y el Estado de Palestina no puede ser una paz en la que la ciudadanía árabe-palestina de Israel quede atrapada entre dos aguas. Debe ser una paz que reconozca el agravio histórico y décadas de discriminación, y que ponga fin a la realidad en la que una ciudadana o un ciudadano árabe-palestino de Israel es ciudadano de un Estado en guerra con su propio pueblo. Proponemos, por el contrario, que junto al Estado palestino independiente trabajemos para establecer un nuevo Israel, democrático e igualitario, en el que todas las personas se sientan en casa y disfruten de igualdad civil y nacional y de sus beneficios. En un Estado así no habrá una Ley del Estado-Nación racista, ni leyes de ciudadanía discriminatorias; tanto el hebreo como el árabe serán lenguas oficiales enseñadas en todas las escuelas, y la ciudadanía árabe-palestina de Israel vivirá en su país sin condiciones, discriminación ni negación de derechos.

Una paz que nos permita participar plenamente en la vida cívica

Cuando esta guerra interminable y la ocupación lleguen a su fin, podremos ganar nuestra lucha por construir una sociedad civil y no militar. No sucederá en un solo día, pero es importante imaginarlo: una agenda pública y una política centradas en resolver problemas cotidianos como la vivienda, la educación, el transporte público y la sanidad, los mismos problemas que compartimos todas y todos; un Estado que invierta nuestros impuestos en encontrar soluciones a esos problemas, en lugar de destinarlos a más guerras que cuestan miles de millones; y liderazgos que no sean generales, sino mujeres y hombres procedentes de trayectorias y experiencias diversas, como docentes, activistas sociales y trabajadoras y trabajadores sociales. Una sociedad en la que las armas no estén presentes en todas partes, donde el ejército no esté en las escuelas y los problemas no se resuelvan mediante la violencia. Un Estado que necesite muchos menos soldados y una sociedad en la que la contribución de cada persona no se mida por su servicio militar, y en la que las cuestiones relativas al servicio militar obligatorio no sean una fuente de enorme controversia. Una vida de rutinas sanas, no de emergencias interminables.

Un futuro de justicia social

Vivir sin miedo ni ansiedad

El fin de esta guerra significa el fin de muchos de nuestros miedos, pero no de todos. Un Estado que trabaja para nosotras y nosotros es un Estado que responde a nuestros temores: el miedo a lo que nos ocurrirá cuando ya no podamos trabajar, si nos despiden, si enfermamos o cuando envejecamos; el miedo por lo que les sucederá a nuestras hijas e hijos y a nuestras familias, y por si podrán vivir con seguridad; el miedo a dónde viviremos cuando termine nuestro contrato de alquiler y suba la renta; el miedo

a cómo pagaremos las facturas del mes siguiente. Merecemos vivir en un Estado que nos ofrezca —seamos asalariados, autónomos, trabajadores de plataformas o personas desempleadas— una red de seguridad que garantice nuestra tranquilidad.

Un Estado que atienda nuestras necesidades

No queremos solo liberarnos del miedo y la ansiedad: queremos prosperar. Y para ello necesitamos un Estado que trabaje para nosotras y nosotros, que nos vea y reconozca nuestras necesidades. Para prosperar, todas y todos necesitamos una sanidad en la que podamos confiar, y no solo en el centro geográfico del país; guarderías de calidad que permitan a madres y padres trabajar sin sacrificar el bienestar de sus hijas e hijos; escuelas que no sean simples aparcamientos de menores; educación universitaria y superior gratuita, para que toda la juventud pueda desarrollarse y seguir el camino que elija; transporte público de calidad que nos permita prosperar incluso sin coche privado; vivienda asequible —por ejemplo, mediante control de alquileres a largo plazo— y una amplia oferta de vivienda pública; alimentos sanos y de calidad; y soluciones para las personas mayores que garanticen una atención digna, financiada por el Estado, también para quienes por su edad avanzada necesitan asistencia personal.

Estas son necesidades básicas, no lujos, y deben estar disponibles para todas las personas en condiciones de igualdad. Solo así podremos tener oportunidades reales e iguales para contribuir y prosperar. Solo así podremos crear el margen de vida que nos permita acceder al arte y la cultura y vivir una vida disfrutable. Para ello debemos construir un Estado que funcione para todas las personas, y que garantice que no nos falten médicas, médicos y docentes profesionales, porque los forma y ofrece a todo el personal de los servicios públicos una remuneración y unas condiciones de trabajo dignas.

Remuneración y fiscalidad justas

Para hacer posible todo esto necesitaremos salarios e impuestos justos. Queremos un Estado en el que incluso el salario mínimo permita vivir con dignidad; donde las trabajadoras y los trabajadores sientan orgullo por sus oficios y sus saberes; donde no se sientan castigados cada vez que reciben su nómina. Un país en el que el impuesto sobre el trabajo no sea más alto que el impuesto sobre las ganancias del capital; donde los recursos naturales y el gas no sean saqueados por multimillonarios; y donde los magnates estén obligados a devolver a la sociedad en la que se enriquecieron, para garantizar que no solo nos quiten a nosotras y nosotros para darse a sí mismos, sino que también tomemos de ellos para dar a todas y todos. Una fiscalidad justa sobre las personas ricas, junto con una reducción del gasto militar, es necesaria para que podamos prosperar colectivamente.

Sentir que nuestro trabajo nos pertenece, pero no vivir para él

El trabajo puede ser duro, pero las políticas adecuadas pueden ayudar. La inmensa mayoría de nosotras y nosotros vendemos nuestras mejores horas a nuestro lugar de trabajo. Por eso, para prosperar, el centro de trabajo debe sentirse como algo que también nos pertenece, que ve nuestros intereses y necesidades como trabajadoras y trabajadores y los tiene en cuenta. Hay lugares en el mundo en los que esto ocurre, y

existen distintas vías para llegar ahí. Todas ellas son válidas: la inclusión de representantes de la plantilla en las decisiones de dirección de las empresas, como en Alemania; leyes que ayuden a las organizaciones sindicales y les proporcionen herramientas eficaces para mejorar salarios y condiciones laborales, como en los países escandinavos; la abolición del trabajo externalizado y precario mediante contratistas; el fomento de empresas propiedad de sus trabajadoras y trabajadores; y medidas que ayuden a la plantilla a obtener participaciones en la empresa en la que trabaja. Pero incluso cuando el trabajo se siente como nuestro, nuestra vida no se reduce al trabajo. Para prosperar necesitamos suficientes vacaciones pagadas, permisos de paternidad y maternidad prolongados para progenitores de todos los géneros, que les permitan sentirse realmente madres y padres, protección frente a empleadores codiciosos que exigen disponibilidad a todas horas, e inversión pública en cultura y ocio.

Un futuro de igualdad

Un Estado en el que todas las personas se beneficien de lo que ofrece

El nuevo Estado que construiremos aquí trabajará para nosotras y nosotros, su ciudadanía, y permitirá que todas las personas sientan que les pertenece. Para que esto ocurra, debe ser verdaderamente igualitario. Esto significa que en Rahat y Kiryat Shmona las niñas y los niños recibirán una educación de calidad no inferior y una financiación no menor que en Herzliya y Tel Aviv, y que sus abuelas y abuelos recibirán también una atención sanitaria igualmente buena. Significa que las personas residentes en Kfar Qara, como las de Givataim, no tendrán miedo de caminar por sus propias calles. Significa que la policía garantizará protección frente al crimen, y que ningún adolescente sentirá que el crimen organizado es su única vía de éxito. Significa que la tierra y los permisos de construcción se distribuirán de forma equitativa, también para la población árabe. Significa que la cuestión de las aldeas árabes “no reconocidas” será cosa del pasado, porque todas recibirán reconocimiento gubernamental, y que los ingresos procedentes de los impuestos municipales sobre la propiedad se redistribuirán igualmente de forma equitativa, también a las ciudades en desarrollo. Significa que los autobuses nos permitirán vivir sin coche privado incluso en la periferia geográfica, y que habrá estaciones de tren también en ciudades y localidades árabes. Significa que las decisiones del gobierno tendrán en cuenta las necesidades diversas de todas las personas, incluidas personas como nosotras y nosotros, y que no dañarán a las generaciones futuras. Dado que el camino es largo, hasta alcanzar nuestro objetivo de construir un Estado que sirva a su ciudadanía, utilizaremos indicadores de reducción de brechas geográficas, nacionales, étnicas y de género para medir nuestro éxito, y conforme a ellos evaluaremos las políticas en todos los ámbitos.

Colaboración y solidaridad frente a división

La mayoría de la gente imagina Israel como un espacio dividido entre “tribus” enfrentadas: judíos y árabes, personas seculares, religiosas y ultraortodoxas, quienes nacieron aquí y quienes inmigraron o huyeron desde otros lugares. Así, ciudades y barrios se perciben como campos de batalla por el control. No hay nada malo en la existencia de comunidades diferentes y singulares; lo que nos falta junto a ellas son

espacios públicos que pertenezcan a todas y todos, y también un sentimiento de solidaridad y comunidad que nos una. En el nuevo país que construiremos aquí, no permitiremos que otros nos inciten unas contra otras ni nos dividan. Esto significa construir ciudades y barrios que no sean judíos o árabes, seculares o religiosos, sino diversos, capaces de hacer posible la vida en común con respeto mutuo. Significa crear más escuelas bilingües prósperas. Significa poner fin a los “comités de admisión” que deciden quién puede vivir en determinadas comunidades, y a las localidades cercadas rodeadas de barreras amarillas. Porque, como nos ha enseñado la historia, separado no significa igual. La separación existente está arraigada en miedos, y algunos de esos miedos se basan en la realidad: por ejemplo, el miedo a que, cuando no hay igualdad en educación y seguridad, determinadas comunidades se conviertan en lugares donde prospera el crimen. Sin embargo, la solución no es más separación, sino más igualdad.

Igualdad de género y sexual

Una sociedad igualitaria es aquella en la que nuestro género y nuestra sexualidad no determinan las oportunidades y los riesgos que vivimos, ni impiden la autorrealización de ninguna persona. Una sociedad así combate la violencia sexual y de género, la desigualdad salarial entre géneros, los prejuicios y las manifestaciones de discriminación en todos los ámbitos de la vida.

Diversidad secular-religiosa, no guerra religiosa

Una sociedad compuesta por personas de distintas religiones, así como por personas seculares y religiosas, puede ser un espacio de tensiones y disputas sobre la organización del espacio público y sobre las relaciones entre las diversas comunidades religiosas y las instituciones del Estado. La solución a estas tensiones debe basarse en el reconocimiento de las libertades individuales —incluido el derecho al matrimonio y al divorcio civiles— y del derecho de las comunidades diversas a vivir conforme a su fe o a sus mandamientos religiosos, sin coerción, imposición religiosa ni secularización forzada, y sin preferencia de una corriente religiosa sobre otra. Construir una sociedad democrática e igualitaria que viva en paz con los países vecinos ayudará a construir solidaridad, debilitará a los políticos divisivos que alimentan conflictos innecesarios y, a largo plazo, reducirá la necesidad de soldados procedentes de todos los grupos de la sociedad israelí.

Un país donde personas como nosotras estén en todas partes

En un país igualitario, las niñas y los niños se atreven a soñar. Para que esto ocurra, todas y todos necesitamos acostumbrarnos a ver a personas como nosotras y nosotros, y a personas diferentes de nosotras y nosotros —hombres y mujeres, judíos y árabes, ashkenazíes y mizrajíes, inmigrantes de la antigua Unión Soviética e inmigrantes de Etiopía, personas del Néguev/Naqab, del Triángulo y de Galilea, personas heterosexuales y LGBTQ+, en todas partes, y especialmente en los lugares de poder: en la dirección del Estado, en los puestos directivos de las grandes empresas, entre los jueces de los tribunales y en las facultades universitarias. Igualdad significa que cada niña vea con sus propios ojos que puede llegar a cualquier lugar.

Un lugar para todas nuestras identidades

Cada una y cada uno de nosotros tiene más de una identidad: tenemos nacionalidad; religión y grado de observancia; identidad de género, orientación sexual e identidad generacional; estilo de vida; y, en ocasiones, una discapacidad. Por eso, casi todas y todos sabemos qué significa experimentar vergüenza o rechazo por elementos de nuestra identidad. Una sociedad igualitaria intenta reparar esto: permitir que todas las personas sintamos reconocimiento y orgullo por nuestras identidades. Esto significa educar para la igualdad y la colaboración, y dar expresión a las identidades, lenguas e historias de los diversos grupos, en el sistema educativo y mediante inversión en cultura.

Igualdad en la capacidad de influir

Una democracia real es aquella en la que la ciudadanía no se limita a votar una vez cada cuatro años, sino que participa en condiciones de igualdad en la configuración de las normas, leyes e instituciones que gobiernan su vida. En términos sencillos: las políticas deben tenernos en cuenta y permitirnos influir de manera continua. Esto significa, por supuesto, libertades democráticas como la libertad de expresión y la libertad de protesta, pero significa mucho más: proteger la democracia frente a la influencia corruptora de la riqueza sobre el gobierno; participación pública en los procesos de planificación que afectarán a la vida de las personas; democratización del gobierno local; permitir que la ciudadanía impulse referendos; mecanismos que impidan que la mayoría pisotee a la minoría en los procesos de decisión y que garanticen representación para los grupos cuyas voces no son escuchadas; descentralización de la toma de decisiones —del Ministerio de Educación a las escuelas, del gobierno central al local—; participación de las trabajadoras y los trabajadores en la toma de decisiones de las grandes empresas; participación de niñas, niños y adolescentes en la toma de decisiones de sus escuelas; democratización de los sindicatos para que las decisiones estén en manos de las trabajadoras y los trabajadores; y así sucesivamente.

Un futuro de justicia ambiental

Luchar contra la crisis climática es luchar por la igualdad

Necesitamos un enfoque completamente nuevo para afrontar la crisis climática, un enfoque que comprenda que no se trata solo del “medio ambiente”. La crisis climática tendrá —y ya tiene— efectos sobre nuestra vida cotidiana, nuestros empleos, nuestra seguridad, nuestra capacidad de estar al aire libre a medida que el clima se vuelve más extremo, nuestra alimentación, nuestros sistemas públicos y mucho más. Como siempre, las personas más vulnerables son las primeras perjudicadas por el desastre climático: quienes trabajan al aire libre, las personas con discapacidad o con problemas de salud, las niñas y los niños, y las personas mayores. Cuando el sistema político en Israel ignora la crisis climática, ignora nuestros problemas e ignora deliberadamente medidas que mejorarían nuestras vidas. Proponemos un camino diferente: un camino que no aspire solo a sobrevivir a la crisis climática. Vemos que esta crisis puede convertirse en una oportunidad para garantizar una vida mejor para

todas y todos. La clave está en comprender que las cuestiones ambientales son también cuestiones sociales y económicas.

Decir que la crisis climática es también una crisis social y económica significa decir que es también política. Esta crisis no se ha producido por accidente ni por un giro del destino. Fue elegida. Políticos de todo el mundo eligieron sistemáticamente los beneficios de los ricos por encima de los intereses de la mayoría. Ha llegado la hora de otro camino. Esto significa que, en lugar de privatización, empezaremos a invertir en nuestros sistemas públicos para que sean resilientes y fuertes. En lugar de repartir los recursos naturales a quien pague más, los devolveremos a manos públicas. En lugar de rendirnos ante los importadores de coches privados, invertiremos en transporte público verde. En lugar de industrias alimentarias que maltratan a los animales y contaminan el medio ambiente, construiremos un sistema alimentario sostenible que garantice alimentos sanos y accesibles para todo el mundo, apoyando al mismo tiempo a la agricultura y la producción local. En lugar de permitir que propietarios de industrias contaminantes como Bazan tomen como rehenes a las trabajadoras y los trabajadores para evitar el cierre de la planta, cerraremos la planta y garantizaremos a cada una de sus personas empleadas un trabajo bueno y digno.

El sol es de todas y todos

Israel debe liderar la transición hacia las energías renovables, y con la intensa luz solar que tenemos aquí es más que posible. Sin embargo, no debemos permitir que los magnates se apropien de este sector como lo han hecho en tantos otros ámbitos, ni que controlen los precios de nuestra electricidad. Garantizaremos una transición rápida a las energías renovables y nos aseguraremos de que permanezcan bajo propiedad estatal y comunitaria, para que los beneficios vayan a nosotras y nosotros, no a los grandes propietarios ricos. En lugar de invertir en sistemas de gas y petróleo que contaminan nuestro aire, nuestra agua y nuestro suelo, instalaremos paneles solares en edificios públicos, aparcamientos y viviendas privadas. También construiremos una red eléctrica descentralizada, segura y barata, de la que nadie se vea jamás obligado a desconectarse.

Las buenas ciudades protegen los espacios abiertos

Si construimos ciudades con buenas infraestructuras, con vivienda, comercio, empleo y educación cerca unos de otros, con transporte público, pequeños negocios y abundante sombra, árboles y vivienda asequible, más personas podrán vivir en ciudades, prescindir del coche privado y, de este modo, preservar los espacios abiertos y acabar con los atascos. Más del 90 % de la ciudadanía israelí vive en ciudades: ha llegado la hora de que nuestras ciudades sean tan buenas y habitables como puedan llegar a ser.

El clima es un puente hacia la paz

Toda la región de Oriente Medio se ve afectada por la crisis climática, y la crisis no reconoce fronteras. Por eso no podemos afrontar la crisis únicamente dentro de las fronteras de Israel y esperar que todo salga bien. Enfrentar la crisis climática no solo requiere la paz israelí-palestina y la paz entre Israel y todos sus vecinos; también puede ser el puente por el que caminemos hacia un futuro de paz: proyectos conjuntos de

conservación de la naturaleza en Israel y Palestina, con parques nacionales compartidos donde todas y todos podamos caminar; un esfuerzo común para preservar las aguas subterráneas de la costa y de las montañas para todas las personas, con ingenieras e ingenieros israelíes y palestinos trabajando juntos; iniciativas para instalar paneles solares en todo Oriente Medio que suministren electricidad a todos los países; agricultura regenerativa; y desalinización compartida de agua. Todo esto, y más, permitirá construir aquí un hogar protegido frente a la crisis climática, un hogar de cooperación, visión de futuro y buenas relaciones de vecindad.

Conclusión

Dar los pasos propuestos en este documento requiere una lucha amplia, inclusiva y democrática, una lucha en la que cada vez más personas participen en distintos espacios para generar apoyo público a las ideas aquí planteadas y construir poder político en torno a ellas.

Este documento es una capa más, un nivel adicional construido sobre el documento de Teoría del Cambio de Standing Together, que comienza con estas palabras:

“Un cambio político y social fundamental en Israel es posible, y lo lograremos. Es alcanzable porque la mayoría de las personas que viven aquí tiene un interés genuino en una sociedad igualitaria y justa, una sociedad que sirva a todas y todos, y en un gobierno cuyas políticas sean radicalmente distintas de las del régimen actual, que solo sirve a la ocupación y a la riqueza.”

Actuamos y seguiremos actuando en el espíritu de esta declaración optimista y hacia la visión detallada en la Teoría del Cambio:

“Socialismo, democracia, solidaridad, igualdad, justicia, fin de la ocupación, paz y establecimiento de un gobierno que trabaje por el bien de todas las personas que viven aquí.”

La Teoría del Cambio concluye con palabras que también resumen la dirección propuesta en este documento:

“La tarea que Standing Together ha elegido afrontar es revolucionaria: aspiramos a crear un cambio profundo en la sociedad israelí, la economía israelí y la política israelí. No es una tarea sencilla, pero nos inspira nuestra fe en las personas: en sus mentes abiertas, sus intenciones genuinas y sus corazones llenos de compasión y empatía. Amamos a las personas que viven aquí. Somos parte de ellas e insistimos en luchar con ellas y por ellas. A través de la solidaridad y la lucha compartidas, lo lograremos.”